

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO: Revista, por O.—Crónica de Roma, por D. Urbano Ferreiroa.—Apuntes sobre la historia y fundación del convento de San Francisco de Santiago de Galicia (continuación), por D. R. Segade Campoamor.—Recuerdos de la Gran Cartuja (conclusión), por C.—Viaje de recreo, por Marco Polo.—La parentela de la serpiente (poesía), por El Marqués de Villeda.—Los grabados.—Novela.—Anuncios.

GRABADOS.—M. R. P. Maestro Fr. Juan Belluomini, General de la Orden de Ermitaños de San Agustín.—Viaje de recreo: Estaciones de verano: Vista de Antares desde el interior del puerto.—Viaje de recreo: Estaciones de verano: Las cascadas del Tivoli desde las ruinas del templo de Vesta.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses. 16 rs.
Un año. 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 11 fr.
Un año. 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

Madrid, 14 de Setiembre de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.^a—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 10.^o

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

A pesar de la frivolidad del público, aún no se ha desvanecido la terrible impresión causada por la espantosa catástrofe de Logroño. Los periódicos diarios siguen publicando correspondencias de aquella ciudad con detalles que dejan el ánimo suspenso ante la magnitud de aquella súbita hecatombe de seres humanos.

Porque todo fué obra de un instante. El batallón tomó marcialmente puesto en el improvisado pontón á los acordes de la música, que no cesó de tocar hasta el momento en que el agua, rebasando aquel artefacto flotante, cambió en gritos de terror y de angustia los alegres compases de los instrumentos de bronce.

Lo que allí pasó, no puede describirse. Aquella multitud de hombres apiñados, al ver que el puente flotante se sumergía, obraron impulsados, no por la reflexión, sino por el instinto, y por miedo á las ondas del río; ¡extraña aberración del pánico! se lanzaron en ellas ciegamente. Hubieran podido, sin embargo, salvarse la mayor parte; pero en el parasismo del terror, se agarraron unos á otros, siendo ellos mismos instrumentos de su propia perdición.

Grupos numerosos de infelices, entrelazados, y en las más extrañas y horrendas posturas, quedaron en el fondo del río, cuya profundidad no era muy grande. Los que se quedaron en el pontón, se salvaron casi todos.

Cuéntase que el coronel se resistió en un principio á que se embarcase tanta gente de una vez, pareciéndole que el pontón no podría resistir tanto peso; pero se dejó persuadir por los argumentos del hombre de ciencia, esto es, del oficial de ingenieros, director de la obra. Y véase el caso que debe hacerse de los juicios humanos! Si el coronel, prescindiendo de las razones del ingeniero, hubiera efectuado el embarque á su gusto, habría sido criticado. El salvar la vida á más de cien hombres, le hu-

biera quizá valido la nota de pusilánime. Hizo, pues, lo que le pareció más razonable y más militar: embarcarse con sus soldados en la proporción prescrita por el dictamen facultativo, y el resultado ha sido espantoso.

Cuando este digno militar, á quien sacaron medio asfixiado de las aguas, se halle en situación de poder pensar en los incidentes de tan fatal suceso, ¡cuán vivamente sentirá no haber sido menos razonable y menos militar!

Dios habrá acogido en su seno misericordioso á tanto desdichado, muerto sin gloria á los ojos del mundo, pero no á los ojos de la infinita justicia, para

quien siempre es fin glorioso el del que muere cumpliendo su deber.

Madrid comienza á recobrar su bulliciosa animación con la venida de los *veraneantes*. Realmente la capital de España en los meses de Julio y Agosto tenía un aspecto de soledad, parecido al de la Babilonia cantada por el Profeta:

¡Cuán solitaria la mansion que un día poblara inmensa gente!

De muchas casas faltaban hasta los porteros. Y en efecto; ¿qué mortal no tiene hoy algún dolor reumático, algún padecimiento nervioso, alguna gastralgia de esas que hacen indispensables los baños minerales ó marinos, ó cuando menos el cambio de aires?

La verdad es que la residencia de Madrid durante los meses de estío, no tiene nada, ni de sana, ni de agradable, ni de divertida. Los que se quedan, suelen gastar un gran caudal de ingenio para demostrar que en ninguna parte se pasa mejor el verano que en Madrid. Pero la mayor parte lo hacen para disimular la fuerza mayor que les obliga á permanecer en la sarten, mientras los demás mortales se van á respirar el aire fresco y puro de las montañas, ó las brisas acres y salubres de las playas del Cantábrico.

—¿Dónde has ido este verano?—pregunta un recién llegado á otro recién salido.... de su casa.

—Te diré. He querido experimentar lo que es un verano en Madrid, y te aseguro que he quedado contentísimo. Lo he pasado muy ricamente.

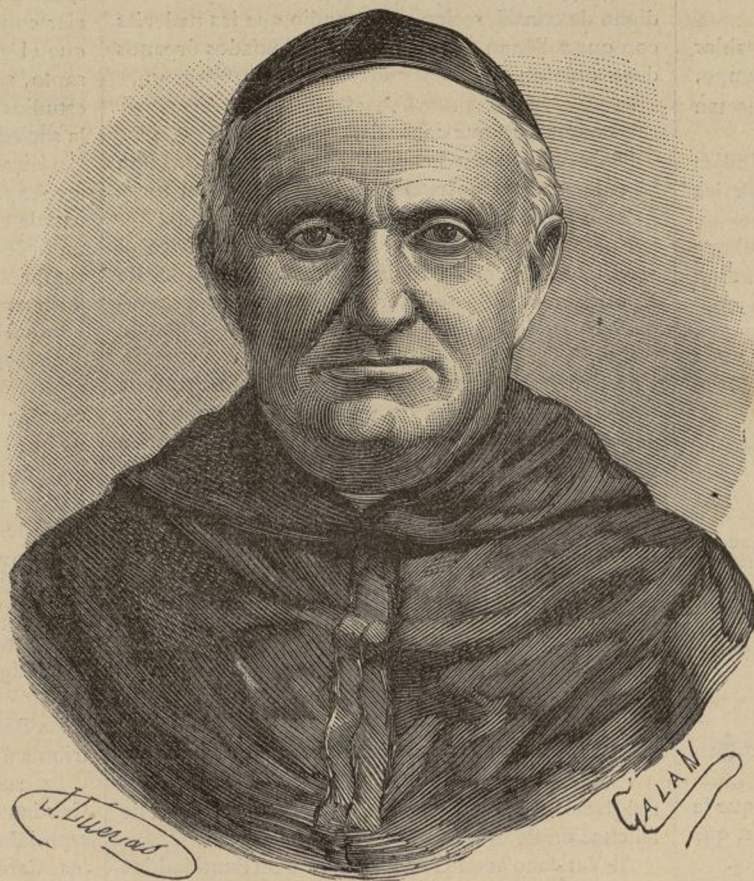
—¡ Hombre! Lo habrás pasado bien; pero lo que es ricamente, lo dudo.

—¿Y por qué?

—Porque todos los que pueden pasar el verano ricamente, procuran poner el Ebro entre su persona y Madrid.

—Ya sabes que yo soy extravagante.

—Lo sé. Y este verano, por lo visto, has cometido la extravagancia de no tener dinero.



M. R. P. MAESTRO FR. JUAN BELLUOMINI,
General de la Orden de Ermitaños de San Agustín.

Hablemos un poco de política.

Cuando llegue este número á manos de nuestros lectores, es probable que se haya desenredado ya el árduo problema que trae tan agitados á los fusionistas y á los situacioneros.

Nuestros lectores deben ya haber oído ó leído el lance de los cañonazos. Nosotros oímos también el ruido; pero no contamos. Los fusionistas, que necesitan á toda costa que el vástago sea hembra y los ministeriales que sea varón, al oír el primer disparo alargaron las orejas.

Dicen que del 15 al 16 hubo una pausa maliciosa.

—¡Infanta!—dijeron los ministeriales.

—¡Princesa!—exclamaron los fusionistas.

Pero el cañon siguió tronando. Los fusionistas cabizbajos siguieron contando; pero al ver que después del estampido vigésimoquinto, vino el vigésimosexto, todos se echaron á discurrir acerca de lo que aquello podía significar, hasta que uno más listo gritó:

—¡Gemelos!

—¿Y por qué no gemelas?—repuso otro.

Cuando, después de cincuenta cañonazos sonó el cincuenta y uno, ya no había fundamento para ninguna razonable suposición. Por fin se supo que la artillería tenía ejercicio de cañon en Carabanchel, y fusionistas y ministeriales se retiraron, llevándose cada cual sus esperanzas.

Estos políticos todo lo convierten en puja de carteras; pero no deja de ser curioso que muestren tanto celo por la sucesión monárquica los mismos que se acomodaron con la República, y que no se contenten con una infanta los que en la práctica y en la teoría se mostraron partidarios de la menor cantidad de rey posible.

En el momento en que escribimos, el termómetro se ha empeñado en subir y los cuerpos en sudar. Esta reincidencia del estío nos ha cogido como de sorpresa. Á pesar de que esto sucede casi todos los años, siempre se recibe de mal humor y como si se tratase de una novedad importuna. La primera palabra que se dirigen todos los que se encuentran en la calle, es siempre la misma:

—Ha vuelto el calor.

No parece sino que Setiembre ha celebrado con los madrileños el compromiso de darles una temperatura invariablemente fresca.

Obsérvese á este propósito que el tiempo es el tema fundamental de las conversaciones de todo el género humano, en todos los países y en todas las latitudes. No hay tema más fecundo ni más inagotable. Es no sólo el gran recurso de todos los que no saben de qué hablar, sino también la puerta de ingreso para todos los asuntos posibles.

Es más que seguro que la serpiente, para entablar conversacion con Eva, empezó á hablarla del tiempo, y eso que el del Paraíso no sería ni con mucho tan caprichoso como el de Madrid.

Por punto general, sin embargo, este tema indica casi siempre una gran penuria de materia discursiva en el que la emplea.

No hay nada que irrite más á una mujer que el que su amante la hable del tiempo. Parece una confesión implícita de que no la encuentra ni bonita, ni amable, ni seductora.

—¿Es ese tu novio?—preguntaba en voz baja una señorita á otra amiga suya, señalando á un joven que iba á su lado.

—¡Ah! no por cierto,—contestó la interrogada suspirando—es mi Almanaque.

Lo cierto es que en Madrid hace calor, y que los que llegan del Norte con su traje de medio tiempo tienen que volver á echar mano de las prendas más ligeras de su vestuario.

No puede usarse traje de medio tiempo donde todavía hace tiempo de medio traje.

Justo es decir que si sube el termómetro, también sube la bolsa.

Yo no sé si con esto ganamos algo, toda vez que la bolsa que sube y baja es la bolsa de los agiotistas, que es la enemiga capital de la bolsa de los españoles.

Los políticos y los hombres de negocios dan á esto grande importancia. Los Gobiernos no dejan nunca de presentar este hecho como una gran manifestación favorable de la opinión pública.

—La Bolsa sube, luego nosotros lo hacemos muy bien.

Este es también el argumento de Gambetta, Ferry y demás acólitos que tienen hoy entre sus garras á la desventurada Francia.

Hay acerca de esto mucho que decir. La Bolsa ya no representa el crédito estable de un país, sino el crédito relativo de una situación.

Además, para los hombres de negocios, que son los que hacen subir y bajar la Bolsa, el crédito público no es más que un juego. Para ellos todo papel es bueno con tal que les dé tiempo para tomarlo, hacerlo subir y luego soltarlo con ganancia en las manos de los peces pequeños, que son siempre los que se ahogan.

De todos modos, es indudable que la Bolsa es una creación moderna sumamente significativa, pues dice con muda elocuencia á todo el que pasa por delante de sus puertas:

—Aquí se vende el crédito del Estado.

Pero, en fin, más vale que la Bolsa suba, por más que no sea esta la opinión de los que juegan á la baja.

Por no contristar á nuestros lectores no queremos hablarles de los crímenes de la semana. Hay abundancia.

Pero no es desgraciadamente para omitido el crimen de la calle del Espíritu Santo. ¡Qué horror! Un jornalero de mala conducta y de peores entrañas, sin provocación, sin causa aparente y con indicios de premeditación, acuchilló bárbaramente á su hija, joven de 14 años, á su mujer, y á la madre y á la hija de otro convecino suyo. Las cuatro infelices quedaron tendidas en medio de la calle, lanzando gritos de angustia. El público, como es natural, estaba aterrado. Un transeunte valeroso quiso detener al parricida, pero éste le dió un terrible puñetazo, sin duda porque no pudo darle una puñalada. Por fin se apoderaron de él dos guardias de orden público.

Las infelices mujeres fueron conducidas á la Casa de Socorro, y de allí al Hospital de la Princesa, de donde volvieron á la Casa de Socorro, porque en el Hospital no había camas.

Aquí se multiplican los teatros y los circos, pero no hay donde recibir á los heridos, á los enfermos y á los indigentes.

La mujer del parricida está gravísima; pero se dice que hay esperanza de que las otras tres víctimas se salven.

Dios lo quiera.

Todos los periódicos refieren el suceso con el frío estilo de un notario. Es lo cierto que tenemos ya la indignación y la lástima encallecidas, y que estos hechos repetidos revelan un estado social harto más digno de consideración y de estudio que las naderías con que rellenan sus columnas los llamados órganos de la opinión.

Digamos algo que consuele.

El jueves último ha profesado en las Salesas una hija de nuestro querido amigo, el ilustre escritor y filósofo D. Juan Manuel Orti y Lara.

En la misa solemne pronunció el panegírico el egregio P. Torres, Provincial de la Compañía de Jesús. Hemos oído pocos trozos de elocuencia sagrada más sustanciosos y de más hermoso y depurado estilo.

El Sr. Orti ha dado ya otro ángel á la benemérita Orden en donde acaba de profesar su segunda hija, ángel que subió al cielo no hace todavía mucho tiempo. La que acaba de pronunciar sus votos era la alegría de sus padres; pero éstos no han querido disputársela á Dios, y la han visto con alegría despedirse del mundo, del cual podría ser ornamento.

¡Dichosos padres!

O.

CRÓNICA DE ROMA.

El día de San Joaquín, nombre de pila del Cardenal Pecci, hoy Leon XIII, recibió éste telegramas de felicitación de todas las partes del mundo.

Al Vaticano acudieron á felicitar á Su Santidad los Cardenales, Obispo y Prelados que se hallan actualmente en Roma, muchos distinguidos patricios y el Consejo superior de la Juventud Católica, recientemente trasladado á Roma. Su Santidad, como padre

amoroso en medio de sus hijos, tuvo para todos palabras de afecto y consuelo. Mostró á los Cardenales y Obispos una bellísima reliquia de San Joaquín, que le había sido regalada el mismo día, les dió copias de un cuadro de Lorenzini, representando á San Joaquín, Santa Ana y la Virgen, cuando era pequeña, y recordó que en un día de San Joaquín fué descubierta la incorruptibilidad del cuerpo de la beata Clara de Montefalco, á la que Pío IX profesaba tanta devoción.

Leon XIII, tan sabio, tan enérgico, tan firme, es al mismo tiempo afable y piadoso.

Ganó la indulgencia de la Porciúncula el 2 de este mes como un simple fiel, dignándose después dar la Comunión en su misa á numerosos fieles; en la Vigilia de la Asunción dió también la Comunión á su noble servidumbre, y no pasa fiesta notable sin que resplandezcan sus sentimientos religiosos y caritativos.

En la de San Joaquín mandó distribuir ocho mil liras entre las familias más necesitadas de Roma.

Si el árbol se conoce por sus frutos, ¿dónde se hallan otros iguales á los que produce el árbol plantado en el Vaticano?

De la firmeza del Papa es buena muestra la magnífica Alocución que pronunció en el Consistorio del 20.

Censura enérgicamente Leon XIII la inícuca conducta del ministerio Frere-Orban. Menciona además la «violenta recrudescencia en la guerra sacrílega declarada hace mucho tiempo á la Iglesia de Cristo,» y renueva sus quejas contra los «enemigos que por la astucia y la violencia arrancaron á los Pontífices de Roma un principado civil constituido por manifiesto designio de la Providencia, y por el consentimiento y el sufragio de los siglos para conservar siempre á la Santa Sede la seguridad y la libertad, por condiciones de las más necesarias al Gobierno de la República cristiana.»

Es espectáculo singular ver á humilde Anciano, sin soldados, sin cañones, sin fusiles, abandonado de los grandes y poderosos de la tierra, dominar con su voz el ruido de la tempestad desencadenada en todo el mundo.

¡Oh! ¡no! No podrá cantar victoria la fuerza bruta, mientras esa voz resuene en el Vaticano ó en las Catumbas.

Á pesar de las inmensas tareas que embargan el ánimo de Leon XIII, no olvida éste la restauración de la filosofía escolástica, á la que dió grande impulso este mes con el Breve en que declara á Santo Tomás Patrono de las Escuelas Católicas. «Al pronunciar con alegría este juicio, dice el Breve, creemos que el patrocinio de este hombre, eminentemente santo, será muy poderoso para la restauración de los estudios filosóficos y teológicos con gran ventaja de la sociedad. Desde el momento en que las Escuelas Católicas estén bajo la dirección y la tutela del Doctor Angélico, se verá florecer la verdadera ciencia basada en principios ciertos, y desenvolviéndose en un orden racional. Doctrinas puras producirán costumbres puras en la vida privada y en la pública, y las buenas costumbres producirán, por consiguiente, la salud de los pueblos, el orden y la paz universal.»

Es, por lo tanto, oportunísimo el pensamiento del sabio y virtuoso Monseñor Sallua, Arzobispo de Calcedonia y Comisario del Santo Oficio, el cual propone que en la próxima inauguración del año escolástico todos los rectores de Universidades, Liceos, Seminarios, y los moderadores de estudios, bajo la dirección de sus respectivos Ordinarios, den señales de público regocijo, declarándose fieles discípulos de Santo Tomás de Aquino, y por medio de cartas ó telegramas dirigidos al Sumo Pontífice, muestren su reconocimiento por haberles dado por Patrono á santo tan insigne.

La Santa Sede no omite nada de lo que puede contribuir á la gloria de Dios y al bien de las almas.

La causa de la beatificación de la venerable María Cristina de Saboya acaba de ser objeto de una sesión especial de la Congregación de Ritos. Los votos de los Cardenales y Consultores de la Congregación permanecen todavía secretos.

Entre tanto, no será inútil dar á conocer algunos de los rasgos de la vida de la ex-reina de las Dos Sicilias, discutidos, según costumbre, por el Promotor

de la Fé, Monseñor Salvati, y el Abogado defensor, Sr. Aldibrandi.

El promotor de la Fé, ó *avvocato del Diavolo*, reconoce en sus objeciones que la «ilustre reina ha tenido una vida ejemplar, dando prueba de todas las virtudes, y sobre todo de veneracion singular á la Sede Apostólica, á la que consideraba como ciudadela de la Fé.» Pero añade que estas virtudes no pasaron la medida ordinaria.

Por el contrario, el abogado defensor se propone establecer el heroísmo de las mismas virtudes. Así, cuanto á la piedad y á la union con Dios, cita testimonios prestados bajo juramento, de los cuales resalta que la venerable María Cristina, desde su más tierna juventud, se levantaba por la noche á recitar los actos de fé, esperanza y caridad. En la corte del rey, su esposo, pasaba todas las mañanas dos horas en oracion con gran recogimiento. Hacía cumplir exactamente á su servidumbre todos los deberes religiosos. Animada de tiernísima devocion al Santo Sacramento de la Eucaristía, le visitaba frecuentemente por el día y por la noche, y con tal piedad, que perdía el sentimiento de las cosas exteriores. Hacía esta piedad ver en los pobres la persona de Jesucristo, y les socorría con liberalidad verdaderamente régia. Muchas veces agotaba su peculio privado en limosnas, mostrándose por ello contentísima. Consagraba las horas desocupadas á confeccionar ropa blanca y vestidos para los pobres. Una vez vendió sus joyas, y destinó su valor á socorrerlos.

En los tres años en que vivió en el estado de matrimonio, mereció de su esposo el título de ángel de la guarda.

Sufrió graves tribulaciones con santa resignacion, á pesar de ser de un carácter naturalmente vivo y ardiente. La condesa Van-Millingen, que conoció íntimamente á la venerable María Cristina, ha prestado esta declaracion que aparece en el proceso: «Afirmo que la sierva de Dios ha sobrepasado en el ejercicio de todas las virtudes á las personas más piadosas que he conocido. Afirmo además que estas virtudes le costaron sacrificios muy grandes y una continua abnegacion de sí misma; las practicaba, sin embargo, con naturalidad y alegría, hasta el punto de hacer creer que procedían de un natural insensible. De donde deduzco que estas virtudes eran heroicas.»

¿Está seco el árbol que da tales frutos de vida?

En Italia, gracias á Dios, á pesar de la propaganda demagógica, no dejan de abundar los frutos de vida. Todavía reina gran entusiasmo por todo lo que está animado del espíritu católico.

La ciudad de Nursia celebró con gran solemnidad estos últimos días el centenario del Patriarca San Benito, que nació hace catorce siglos en aquella ciudad, de la familia nobilísima Anicia Riguardati. El domingo último fué descubierta una colosal estatua del Santo, en medio de entusiasmo indescriptible.

Acudieron hace pocos días más de 25.000 forasteros á las fiestas verificadas en Crema, en conmemoracion del centenario de un gran beneficio concedido á aquella ciudad por la intercesion del Santísimo Cristo que se venera en la catedral.

En el santuario de Nuestra Señora de Vico, cerca de Mondovì, se reúne los días 12 y 13 de Setiembre el segundo Congreso regional católico piamontés, al que asistirán representantes de las Asociaciones católicas de todo el Piamonte.

En los Abruzzos se prepara una gran peregrinacion á la sagrada casa de Loreto: los Abruzzos, dice el Padre Arzobispo de Chieti, «han superado siempre á los otros pueblos de la península en el culto del más augusto santuario de la Cristiandad, consagrado por la vida santísima de Jesus, José y María.»

Solemnísimas fueron las fiestas celebradas en Otranto, en honor de los ochocientos mártires que hace cuatrocientos años, en una excursion hecha por los turcos á aquella ciudad, sellaron con su sangre la Fé ántes que abrazar el Islamismo, que trataba de imponerles el almirante turco Acomat.

Ojalá el tributo rendido á estos mártires repare el sacrilegio que con frecuencia cometen los liberales dando tan santo nombre á malvados ó mentecatos.

Martyrum dignitatem nemo profanus infamet, dice con razon un Concilio cartaginés celebrado el año 401, pero ya se sabe el respeto que tienen los liberales á las cosas sagradas.

La Juventud Católica italiana, cuyo Consejo superior ha sido trasladado recientemente á Roma por renuncia de su digno presidente, el Comendador Acquaderni, se propone desplegar cada vez mayor celo en la propagacion y el esplendor de las obras católicas, segun lo demuestra una circular del nuevo Consejo, presidido por el ilustre Felipe Tolli.

Y á la Juventud Católica débense ya, entre otras obras católicas, las peregrinaciones italianas á la tumba del Príncipe de los Apóstoles y á los santuarios franceses, la fundacion de la Liga O'Connell para la libertad de enseñanza, la obra de los Congresos católicos en Italia, las riquísimas exposiciones de regalos al Papa en tiempo de Pío IX, y otras muchas demostraciones católicas. Además desde el año 1869 al 8 de Diciembre de 1878 recogió la Juventud Católica para el dinero de San Pedro la suma de 2.247,785 liras.

De esperar es que la fé, el entusiasmo y la abnegacion de tan ilustres jóvenes continúen produciendo abundantes frutos de salud y de vida.

URBANO FERREIROA.

Roma, Agosto 31 de 1880.

APUNTES

SOBRE

LA HISTORIA Y FUNDACION DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE SANTIAGO DE GALICIA.

III.

Segun el testimonio de Fr. Jacobo de Castro (1), se dió principio á las obras de este convento é iglesia de San Francisco el año de 1214; á pesar de que esta fecha así señalada no pueda considerarse como un hecho decisivo, á causa de no ocurrírsele al docto Analista, el decirnos de qué tiempo eran los caracteres en que estaba escrita; sin embargo, por lo que llevamos expuesto hasta aquí, bien puede asegurarse que á ese año debe corresponder la ereccion y fundacion del citado convento.

Llegado el santo Patriarca á la ciudad de Santiago, y despues de venerar las reliquias del Apóstol, en su ya magnífico templo, debió emprender de seguida la deseada empresa de fundar una casa de su Orden. Los preliminares que precedieron al comienzo de la obra, andan envueltos con la leyenda, que á nuestro entender hizo perder el rastro á la tradicion; por lo tanto, imaginamos que el hecho puede reducirse á que auxiliado Francisco por Cotelay, caballero principal de la ciudad y muy afecto á sus ideas y pensamientos, consiguió se le cediese el terreno necesario para su edificacion, llegando hasta poner la primera piedra del convento, corriendo despues de parte de aquel piadoso caballero la continuacion de la obra.

Si al escribir la leyenda que lleva por título el nombre de este hijo de Santiago, nos hemos aprovechado de las piadosas fábulas y narraciones vulgares de los pasados tiempos, tan afectos á lo maravilloso, y relatadas con sencilla credulidad por los cronistas de los siglos XVII y XVIII, creemos que en el presente trabajo no se debe consignar sino lo que se halle más conforme con la verdad histórica, ó sea, atestiguado por documentos ó hechos conservados por la tradicion constante y uniforme. Por lo tanto, ni *El Carbonero*, ni el *Tesoro escondido*, de que nos habla la leyenda y la inscripcion que copiaremos al final de este trabajo, ofrecen, á nuestro entender, estas condiciones, teniendo en cuenta las exigencias de la crítica, á la altura á que hoy ha llegado en los estudios históricos, que no admite ni puede admitir tales orígenes. Sin salir del órden natural de las cosas, tenemos datos y razones bastantes para señalar el origen y fundacion de este convento de la *primera observancia*; sin que por eso no veamos la accion de la Providencia, en una obra tan conforme con sus altísimos designios y de tan grandes y benéficas consecuencias.

Cotelay, hombre de piedad sincera y de probada virtud, valiéndose del ascendiente que en la ciudad com-

postelana le daban su posicion y riquezas para coadyuvar á la santa empresa de Francisco de Asís. Comprendió desde luego, con la claridad de su talento, su conveniencia y utilidad, lo mismo que la honra que para el pueblo resultaría de que tan ilustre fundador fuese el que colocase la primera piedra.

No es, pues, aventurado seguir y convenir en este punto con la tradicion y los antiguos historiadores de la Orden que así lo aseguran.

Escogió Francisco un lugar retirado de la poblacion hacia el Norte y en el sitio que llaman *Val-de-Dios*, propiedad del monasterio de San Martín de Pinario, cuyo terreno fué cedido por el Abad Martín, mediante un pequeño cánon, que consistía en un *cestillo de peces*, segun constaba en la escritura de foro firmada de su propia mano, que se conservaba religiosamente en el archivo de aquel monasterio, en tiempo de Felipe II (1).

La pension estipulada del *cestillo de peces*, no sólo se ve confirmada por este documento, sino tambien por la tradicion constante y el cumplimiento de las condiciones del contrato; pues todos los años, en un día señalado, se celebraba la *paga*, ó entrega del cánon citado, como una festividad religiosa en Compostela, con ceremonial propio del caso (2).—Consérvanse en la actualidad en el archivo del convento de San Francisco dos recibos (3) extendidos en pergamino, correspondientes á los años de 1706 y 1733.—En la nota damos una copia á la letra de uno de ellos, y no lo hacemos de otros, porque en el contexto son enteramente iguales, salvo el Abad y Guardianes que son distintos.

De todo lo dicho hasta aquí se deduce, que el mismo santo fué el fundador del convento de *Val-de-Dios*, del cual puso la primera piedra, como lo tenía de costumbre en las fundaciones á las que asistía, quedando despues á cargo de Cotelay la continuacion de la obra.

No es este lugar ni ocasion de ocuparnos en investigar el camino que siguió Francisco de Asís despues de hecha la repetida fundacion de Compostela; disputase, si se embarcó en la Coruña, ó marchó por tierra á Portugal; los datos recogidos por una y otra parte más convienen con esta última opinion, que es la más racional y admitida.—Acompañóle en su viaje un canónigo-cardenal de esta Iglesia Metropolitana, llamado Pelagio, que segun cuentan quedó despues en Portugal, y acaso en uno de los conventos que allí fundó el santo de Asís.

Debe suponerse, que entre los discípulos que dejó en Santiago, auxiliados por Cotelay, debieron dar terminada la obra de este convento é iglesia en breve tiempo: de su primitiva forma y disposicion, lo mismo que de su titular, nada hemos podido descubrir con seguridad.

Hacia el año de 1371, hallamos un documento que

(1) Cuando este monarca estuvo en Santiago, hospedóse en el convento de San Martín, y entre las curiosidades que los monjes le enseñaron, lo fué este antiguo documento: mostró deseos de poseerlo, á lo cual correspondieron aquellos, ofreciéndoselo, y aceptado que fué el valioso presente, figuró entre las reliquias del Escorial; pero en la actualidad ya no existe en aquel suntuoso monasterio.

(2) Este ceremonial lo publicó D. Antonio Neira de Mosquera en las *Monografías de Santiago*; páginas 126 y siguientes.—Santiago, 8.º.—Ya teníamos, sin embargo, una minuciosa descripcion de esta fiesta, publicada por Fr. Jacobo de Castro, en la obra ya citada, que refiere como testigo presencial de la que tuvo lugar en el año de 1706.

(3) «Reciui del Religiosísimo y muy Ilustre Convento de Nuestro Padre San Francisco desta ciudad de Santiago, extramuros; por mano de Nuestro Reverendísimo Padre el Maestro Fr. Manuel Rey Guardian de dicho Convento una Cestilla de Peces, que dicho Glorioso Patriarca San Francisco se dignó prometer, y pagar en cada un Año al Abad Martín; y á sus Sucesores en la Abadía de San Payo de Ante-Altas, que á ora es y se trasladó á San Martín por los años de mil doscientos y catorce, en Reconocimiento de auerle concedido el Sitio del Valle de Dios y del Infierno en que á ora está fundado dicho convento, y por ser verdad lo firmo en dicho Real Monasterio de San Martín á 21 de Marzo de 1733.—Joseph Gonzalez Abbad de Sn. Martín.—Están, como decimos arriba, escritos en pergamino, orlados con varios dibujos iluminados; en el centro de la orla las armas de San Martín, que son el cuervo, la mitra, el báculo y la cruz, en la forma que la usaban los benedictinos, todo sostenido por dos ángeles.—En la parte inferior hay dos palomas en actitud de besarse; y en uno de sus extremos se encuentran varias cintas y lazos verdes y color de rosa, que servían para sujetar el pergamino en las manos de la imagen de San Francisco que iba en la procesion, á su vuelta al convento desde San Martín, segun lo dice el referido ceremonial. Hemos visto tambien una copia de otro recibo correspondiente al año de 1690, hecha de papel comun. Debemos advertir, que segun los datos que poseemos, esta fiesta no se celebraba todos los años; pero siempre tenía lugar en los del *Jubileo*, ó llamado *Año Santo*.

revela que la obra de Francisco y de Cotalay tenía ya alguna importancia, puesto que entre las mejoras del edificio figura una *cañería* que llevaba el agua hasta el refectorio, viniendo del lugar de *Sobre-bita*, más de un cuarto de legua de distancia, á cuyo efecto habían conseguido del Prelado Compostelano la cesion de un terreno correspondiente á la mitra y al cabildo (1).

La primitiva fundacion debió ser un curioso modelo del arte ojival, usado á principios del siglo XIII, como lo revelan los bellísimos arcos florenzados, sostenidos por delicadas y esbeltas columnas que se conservan felizmente, y cuyo dibujo reproducimos en el lugar correspondiente de nuestro número anterior. Estos preciosos restos son un vivo testimonio

de la antigüedad del convento de San Francisco, y debieron pertenecer al claustro que contiguo á la iglesia existía en la época de su fundacion: más tarde, el lugar donde hoy están colocados, fué dedicado á capilla de depósito y enterramiento de los religiosos, formando una especie de bóveda con un altar al frente. Con el claustro de que hablamos arriba, debía comunicar otra capilla, que bajo la advocacion de la Virgen, con el título de la Expectacion (1), existía en los comienzos del siglo XVIII.

Más de una vez, al leer el Sumario de las indulgencias y privilegios concedidos á esta capilla, imaginamos si sería la titular de la Iglesia cuando la fundaron San Francisco y Cotalay. Bien es cierto que del texto de la concesion nada se desprende ni

en favor ni en contra de lo que aquí decimos; pero es de presumir que, dada la devocion del santo al nombre de María, la escogiese como patrona de este convento con el título dicho de la Expectacion, que era entonces muy popular en España. Colocado después el Peregrino de Asís, por Gregorio IX en 1228, entre los Santos de la Iglesia Católica, acordarían los religiosos, en memoria de haber sido su fundador, y para mostrarse agradecidos, poner su nombre á esta casa; conservando, sin embargo, el altar consagrado á la Virgen, y enriquecido con las liberalidades de los devotos, con especialidad Juan Díaz, á quien se nombra en la Bula ó privilegio: la tradicion guarda silencio sobre este punto, y sólo designa esta mancion de penitencia, llamándola de *Val-de-Dios* por

VIAJE DE RECREO. — ESTACIONES DE VERANO.



VISTA DE ANTIVES DESDE EL INTERIOR DEL PUERTO.

el lugar que ocupaba, que así era conocido en la ciudad de Compostela.

Llegado el año de 1613, sufrió grandes reformas, entre ellas merece notarse el claustro principal, construido entonces, que es muy espacioso, bien dispuesto y ordenado, siguiendo las reglas de la arquitectura greco-romana, á cuyo orden pertenece; tiene en el centro una sencilla fuente, hecha con buen gusto.—Esta obra fué costeada por D. Maximiliano de Austria, Arzobispo de Santiago, un año antes de

(1) Fr. Jacobo de Castro.—Obra citada.—Primera parte, libro III, cap. II, pág. 173.—Donde se copia la donacion escrita en latin; pero no sacada del original, sino de un tratado hecho en 1371, en tiempo del Arzobispo D. Rodrigo de Moscoso, quien se dice confirmó la citada donacion ó cesion.—Es de advertir, que en el año de 1231, fecha del primer otorgamiento de la escritura, no corresponde al Pontificado de D. Juan, que fué el donante, y lo mismo acontece en la confirmacion; pues el primero de estos Prelados no entró á gobernar la Diócesis hasta 1238, y el segundo lo verificó en 1286; y aunque quisiera referirse á D. Rodrigo de Padron, éste falleció en 1316.

su muerte, siendo Guardian el R. P. Fr. José Vazquez.

IV.

Era de esperar que conforme nos fuésemos acercando á tiempo más modernos, podríamos escribir con más copia de noticias, respecto á las edificaciones y reformas que sufrió este convento; pero no fué así; pues continuamos con la misma escasez de datos y documentos que al principio. Fray Jacobo de Castro, que vivió en Santiago en 1726, escribiendo parte de su obra en el convento de San Lorenzo, situado no muy lejos del de San Francisco, y que por esta razon debiera ilustrarnos más, trae pocas noticias

(1) En la Obra ya citada de Fr. J. de Castro, lib. III, cap. II; donde se copia el largo sumario de indulgencias concedidas á aquella capilla, iguales en un todo á las de San Juan de Letrán en Roma.—Era fundacion particular.

respecto á la distribucion y orden de este último, pesar de que por aquella época debieron hacerse obras importantes.

El segundo claustro, que es de columnas, á diferencia del primero, que es de pilastras, alcanza una regular extension, y fué edificado segun los principios de la escuela moderna de arquitectura; pero alterados como tenían de costumbre los maestros que por aquel tiempo trabajaban en la ciudad, imita al orden dórico, y su construccion data del tiempo de Fr. José de Noboa, año de 1725.

Poco á poco fué engrandeciéndose la humilde y reducida casa de *Val-de-Dios*, contribuyendo á ello las limosnas de los fieles, los cuales eran atraídos á concurrir con sus ofrendas á tan buena obra, por las virtudes que tanto distinguían á los hijos de aquellos claustros, y el celo apostólico con que recorrían las comarcas todas del país gallego, adoctrinando y enseñando á los moradores de la más retirada aldea los santos principios de nuestra Religion, cooperando

así, con el mayor celo y desinterés á facilitar con mejor éxito los fines del ministerio parroquial. Los más ilustres Prelados compostelanos, que comprendían la importancia de la Orden, y conocían los beneficios que su vasta Diócesis recibía de obreros tan infatigables y fervorosos, no escaseaban ocasion de demostrarles su afecto, y gratitud, facilitándoles los medios de engrandecer á esta iglesia y convento.

El docto sevillano D. Lope de Mendoza (1), entre otras donaciones que hizo, es digna de consignarse aquí la de una imagen de San Antonio, de plata y de peso de media arroba, que ha desaparecido cuando la exclaustación. También al no menos docto é ilustre General de la Orden de Santo Domingo Don Fr. Antonio Monroy (2) se le debe la enfermería, una de las mejores piezas del edificio.

Respecto á D. Maximiliano de Austria, ya hemos dicho que por su orden se hizo el claustro principal; otros Prelados siguieron este ejemplo, favoreciendo cuanto podían esta santa casa, y no pocos particula-

res acomodados facilitaron medios y recursos para sostener el culto de la iglesia, donde se celebraban con gran devoción, esplendor y lucimiento, las principales festividades del año, según se puede colegir por las diferentes fundaciones de que aún conserva memoria en el pueblo compostelano.

El convento de San Francisco de Santiago pertenecía á la provincia del mismo nombre, de la en que estaba dividida la Orden (1), que se extendió luego por España, no tocándole pequeña parte á Galicia, en cuyo territorio difícil era hallar á últimos del siglo xv un pueblo, por pequeño que fuese, sin un eremitorio ó convento, poblado de religiosos franciscanos.

R. SEGADE CAMPOAMOR.

(Se continuará).

RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA.

(Conclusion).

»Las sensaciones que inspiran semejantes escenas no se pueden reproducir con la pluma: es preciso contentarse con indicirlas, y renunciar á pintar su misterioso poder. ¡Oh alegrías del mundo! vanos placeres que distraéis el fastidio y las penas del hombre, ¿qué sois en presencia de las alegrías religiosas y de las santas ocupaciones de la vida solitaria? Allí todo le recuerda al cristiano la vanidad de lo presente y las grandezas de lo porvenir: aparece patente el secreto de su destino, la inmortalidad sonríe á todos sus pensamientos de muerte; allí, puro de toda mancha, duérmese en paz en me-

VIAJE DE RECREO. — ESTACIONES DE VERANO.



LAS CASCADAS DEL TÍVOLI DESDE LAS RUINAS DEL TEMPLO DE VESTA.

dio de sus hermanos para volver á vivir perpetuamente en un mundo sin miserias y sin crímenes, donde se han conservado todas sus lágrimas, donde se han pesado todos sus dolores, donde el conocimiento de Dios le asegura una eternidad de inefables delicias.

»Y yo lloraba haciendo oración, y ya los días pasados de mi vida juvenil volvían á mi memoria como dolorosos sueños, y yo me los sacudía arrojándolos lejos de mí como un vestido manchado. En aquel momento los sonidos de la campana hirieron los aires, y cada una de sus vibraciones despertaba una voz en el fondo de mi corazón: al punto los dos ancianos se alejaron con paso lento y grave y con los brazos cruzados: los ecos de los largos corredores repetían el ruido de las puertas que se volvían á

cerrar; una repentina claridad brilló al trasluz de las pintadas vidrieras de la iglesia, y oí la armonía lejana de varias voces de hombres. Vestíme al instante para averiguar la causa de aquel inesperado movimiento en medio de la noche; no por mera curiosidad, sino porque había en mí un pensamiento nuevo: —parecíame que una mano invisible arrancaba de mis ojos la espesa venda que los cubría. Inspirado por aquel sentimiento, atravesé largos y oscuros pasadizos que me eran desconocidos, y entré en la capilla..... Los Padres y los hermanos le-

gos estaban arrodillados sobre las húmedas losas alrededor del altar: no había entonces entre ellos ni primero ni último. El Padre Procurador celebraba el Santo Sacrificio, y cuando alzó la Hostia, todos los religiosos cayeron de cara en el suelo, y se quedaron en aquella postura hasta el momento del último Evangelio.... Entonces quedé vencido; me humillé y oré con fervor.

»Pocos días después, visitando las varias construcciones de que se compone el monasterio, entré en la enfermería. Un Padre, enfermo de un reumatismo agudo, estaba tendido sobre unas tablas mal unidas entre sí: sufría con angélica resignación; y si la ardiente calentura y los crueles dolores que le desgarraban no hubieran impreso profundas señales en su pálido y descajado rostro, difícil hubiera sido creer que padecía. Acerquéme al enfermo con interés y le hablé del doloroso estado en que se hallaba: —no me respondió, pero volvió penosamente los ojos hacia un crucifijo colocado enfrente de su cama; y aquella mirada, más elo-

(1) Arzobispo de Santiago; muerto en 1445 y sepultado dentro de la capilla que había edificado en la catedral de Santiago, que se conoce con el nombre de la *Comunion*.

(2) También Arzobispo de Santiago; que dejó en la misma iglesia catedral un vivo testimonio de su amor á las artes, en la riquísima capilla, conocida con el nombre del *Pilar*, que eligió para su sepultura. Falleció en 1715.

(1) La provincia de Santiago se distribuía de la manera siguiente en el siglo XVI: Comprendía ocho custodias: — Santiago, con cuatro conventos: Coruña, Betanzos, Pontevedra y Santiago. — Orense, con seis: Lugo, Vivero, Rivadavia, Villafranca, Monterrey y Orense. — Leon, con cinco: Astorga, Oviedo, Avilés, Tineo y Leon. — Zamora, con cinco: Toro, Benavente, Villalpando, Mayorga y Zamora. — Salamanca, con seis: Ciudad-Rodrigo, Plasencia, Béjar, Badajoz, Santa María de los Angeles y Salamanca. — Coimbra, con siete: Oporto, Villamaranes, Berganza, Guardia, Covillan, Lamego y Coimbra. — Lisboa, con cuatro conventos: Santaren, Cobalinia, Lancaria. — Évora, con cinco: Boya, Estremoz, Tayma, Portolatro y Évora. — Fr. Jacobo de Castro. — Obra citada.

cuenta que cuanto hubiera podido decirme, me hizo estremecer, porque la comprendí. Compadecido de la triste situación del Padre, pregunté al lego que me acompañaba (y que era el mismo que me había abierto la puerta del monasterio) si la Regla se oponía á que se acostase el enfermo con más comodidad. Respondióme con suma modestia que no, pero que todavía no había en la casa más que dos colchones, y que había sido preciso quitárselos al Padre para dármelos á mí.... Al oír esto, me puse pálido de asombro y de pena; corrí inmediatamente á mi celda, cogí los colchones y las sábanas, y volví á la enfermería cargado con ellos, sin sentir su peso. Ninguna observación me hizo el lego, y se lo agradecí, porque me honraba creyéndome capaz también de un sacrificio que le hubiera sido fácil: ayudóme á hacer la cama, y en ella colocamos al pobre religioso, que no pudo bendecirme, pues tenía los brazos paralizados; pero ví asomarse una lágrima á sus ojos, y la enjuagué piadosamente con mi pañuelo, que besé en seguida enternecido.

«He creído inútil hablar á Vd. del objeto especial de mi viaje; ya estaba despachado, y ni aún me acordaba yo de él. Hasta entonces, no obstante, los santos ejemplos de los religiosos habían hablado más sin duda á mis sentidos que á mi razón: mi corazón, que sólo estaba extraviado, pronto volvió al buen camino; mis preocupaciones se disipaban, mis antiguas convicciones empezaban á flaquear; pero acaso aquella reacción intelectual no debía tener en mí más duración que la de mi residencia en el monasterio. Dos días hubieran debido bastar para despachar mi comisión, y ya había pasado más de una semana y aún no pensaba yo en volverme á Grenoble.—Así gozaba de la serenidad que reinaba en aquellos sitios, á los cuales, desde el seno de las borrascas del mundo, muchas veces he vuelto luego mis ojos llenos de lágrimas. Las continuas relaciones que tenían que seguir los Padres con muchos forasteros en aquel momento de renovación de su Orden, no les permitían seguir todavía exactamente sus severas reglas, sobre lo cual habían recibido dispensas de su General y del Santo Padre. Así me era permitido comer con ellos en comunidad, é imposible me sería expresar todo el encanto que tenían para mí mis conversaciones con aquellos excelentes ancianos, tan candorosos, tan instruidos, tan verdaderamente santos!....

«El Padre Procurador me cobró un tierno cariño, de que me daba muchas señales, y que siempre será uno de mis más dulces recuerdos. Permitíame que le acompañase en sus excursiones fuera del monasterio:—su conversación no tenía nada de la monotonía que generalmente se cree inseparable de aquella existencia cuyos momentos pertenecen todos á alguna práctica religiosa. Era un hombre profundamente ilustrado y de una amabilidad sin igual: había, sobre todo, una gracia indecible en el candor con que me confesaba su completa ignorancia de los usos de la sociedad: tenía la instrucción de un sabio y la inocencia de un niño. Una tarde, después de una romería que hicimos juntos al oratorio de San Bruno, precioso monumento de la piedad del fundador de la Orden de los Cartujos, y que, escondido en las últimas alturas accesibles de la montaña, ha resistido á las tempestades como al furor de los hombres, le supliqué que recibiese mi confesión.

«La conversión estaba consumada: una nueva vida había empezado para mí; los restos de orgullo y de duda que me agitaban aún se habían disipado por fin.... La bendición de un anciano me había convertido á la inocencia y al fervor de mis primeros años.

«Entre tanto pasaban días y días con una rapidez que me pasmaba; los trabajos continuaban con singular actividad, y ya la casa conventual salía de sus ruinas y tomaba un nuevo aspecto: de un momento á otro se aguardaba la llegada del Reverendo Padre General de la Orden, que con efecto llegó poco tiempo después. Aquel venerable anciano, casi centenario, accedió al deseo de sus hermanos; salió de Roma y pasó los montes para ir á llevar sus cansados huesos al desierto santificado por el recuerdo de San Bruno. Yo recibía continuamente cartas de la administración en que estaba empleado; mi familia empezaba á estar cuidadosa por mi larga ausencia: era menester tomar una resolución.

«Una mañana, al salir del oficio, quince días después de mi llegada á la Cartuja, seguí á su celda al Padre Procurador General, quien ya había leído en la agitación de mi rostro que algún profundo pensamiento me ocupaba y que tenía algo que confiarle. Presentóme una silla y me hizo señal de que me sentase; pero yo me arrodillé á sus pies.

—«Padre mío,—le dije con voz balbuciente entre sollozos,—no desoigais la súplica que voy á dirigiros: salvadme! Yo necesito vivir como vos vivís, y alimentarme de vuestra palabra; vos habeis roto los lazos que me unían al mundo: soy un huérfano que os pide un protector.... ¡Oh! no me arrojéis de vuestro regazo paternal! Dignaos admitirme en el número de vuestros hermanos legos, aunque soy indigno de este favor; pero yo rescataré mis culpas á fuerza de celos de obediencia. Aquí teneis una carta que informa á mis padres de mi determinación.... permitidme que la haga llegar á sus manos.

—«Hijo mío,—me respondió profundamente conmovido,—me quedo con esta carta, y la conservaré en el cartulario de la Orden. ¡Loado sea Dios por la merced que os ha hecho abriendo vuestros ojos, fascinados por la pérfida sabiduría de los hombres! pero yo le debo cuenta de las almas que me confía, y la suerte de la vuestra me interesa mucho. Id, hijo mío querido; volved al mundo, donde todavía os aguardan pasiones é infortunios.... No lloreis, hijo mío; antes bien regocijaos de haber recibido armas para pelear, porque de vos depende conservaros puro y sin mancha, en medio de las seducciones de la vida á que vais á volver, con lo cual sereis más digno del sacrificio que quereis hacer á Dios. Si de aquí á cinco años persistís aún en las mismas intenciones; si el mismo voto persevera en vuestro corazón, volved á nuestro pobre monasterio: todos os abriremos nuestros brazos con dulce júbilo, y no os recibiremos entre nuestros hermanos legos, pues ya habreis hecho vuestras pruebas, sino que os ceñiremos el hábito blanco de los novicios.... Id, hijo mío; siempre estareis presente en mi memoria, y creed firmemente que no os olvidaré en mis oraciones.

«Al día siguiente salí del monasterio!.... ¡Ah! no le engañó al santo anciano su previsión paternal: me he quedado en el mundo, donde estoy ligado por sagrados deberes, donde Dios me ha impuesto otro destino.

«No he podido volver á respirar las brisas del desierto; pero en medio de las desgracias que han marchitado mi juventud, y que pesan todavía sobre mi edad madura, muchas veces he volado mi espíritu á vuestro sosegado retiro, y he sobrellevado con más valor las largas miserias que me han abrumado, pensando que alguna vez me habeis recomendado á Dios, que os bendice, y que hablábais de mí en vuestras oraciones.»

C.

VIAJE DE RECREO.

Después de haber recorrido rápidamente algunas de las estaciones de verano de la Europa Septentrional, echemos una ojeada á algunos puntos del Mediodía, más risueños que los del Norte, y no menos espléndidos por sus tradiciones y monumentos. Todos nuestros lectores habrán oído hablar de los hermosos puertos de la Cornisa, esto es, del campo que desde el Mediodía de Francia se dirige á Italia por la misma costa del Mediterráneo. Es, sin duda, uno de los caminos más pintorescos que pueden hacerse por Europa. Desde Cannes hasta Génova, el ferro-carril no se aparta un momento de la costa, viniendo á lamer las olas del mar las ruedas de los coches. Niza, Mónaco, San Remo, Porto Maurizio, Savona y otros varios puntos de esta costa, ofrecen panoramas bellísimos, que en vano trata de reproducir el pincel de los más famosos paisajistas. Ahora bien; el primero de estos hermosos cuadros que el camino de la Cornisa ofrece al viajero, es sin duda el puerto de Antives. Nunca se borrará de nuestra memoria la grata impresión que dejó en ella nuestro primer paso por Antives. Era una tarde de Octubre en que el sol rojizo de otoño derramaba sus últimos rayos sobre la tersa superficie del Mediterráneo. Íbamos á Italia, y á nuestra izquierda se destacaban en primer término los Alpes marítimos, poblados en la parte baja de viñedos, olivares y blancos caseríos. Pacían los ganados en lo alto de los montes, y á pesar del ruido del tren, llegaban hasta nosotros los ecos confusos de sus esquilonos, sus balidos y las voces de los pastores que los dirigían. Todo respiraba calma en aquellos paisajes sombreados por altas palmeras que se mecían al blando soplo de las brisas precursoras de la noche; pero volviendo la vista á nuestra derecha, el panorama cambiaba por completo. La inmensa llanura del mar, arrancando desde nuestros pies, se perdía en el lejano horizonte. Algunos navíos, diseminados por la extensa superficie, parecían como árboles aislados en medio de un desierto. Cuando el sol se puso salíamos de Antives, y cerrada la noche, en vano miramos al través de las sombras para gozar de la vista del Mediterráneo. Un rato llevábamos echados sobre la ventanilla del coche, sin percibir otra cosa que sombras, cuando, muy lejos, vimos aparecer una luz que creímos ser de alguna embarcación. La luz fué disminuyendo hasta eclipsarse por completo, y cuando por segunda vez la vimos aparecer, comprendimos que era la luz de un faro, tal vez de la isla de Córcega, que teníamos enfrente. Viajeros nosotros con rumbo á la Ciudad Eterna, faro de la verdad en el proceloso mar del mundo, consideramos cuánto debe consolar al marino perdido en la soledad de las aguas la vista de esa luz, cuyos eclipses representan los cambios y mudanzas del destino del hombre y la sucesión continua de los tiempos que nos guían al puerto de la eternidad. El monótono ruido del tren, interrumpiendo la majestuosa solemnidad de aquel panorama de tinieblas, alumbradas de vez en cuando por la lejana luz del faro, lejos de distraernos de estas meditaciones, parecía estimularlas con su constante uniformidad, confundiendo á veces con el choque de las olas que se estrellaban á nuestras plantas.

Más de dos leguas de camino habíamos recorrido, cuando, al volver hacia San Lorenzo, pudimos divisar, casi enfrente, las luces de la población de Antives, que avanza por el Mediterráneo, formando un cabo frontero de la poética ciudad de Niza.

El punto de vista en que colocamos á nuestros lectores, es el fondo del puerto de Antives. Á nuestra espalda se alzan las pintorescas colinas que hemos descrito, y al otro lado de la población y de las montañas de nuestra izquierda, se extiende el Mediterráneo hasta perderse en el horizonte. Visto este panorama, puede decirse que se ha recorrido la costa formada de paisajes semejantes, donde el mar, las montañas, los jardines y los alegres caseríos, concurren con sus particulares encantos á formar un Eden delicioso de los más amenos y saludables de Europa.

Sin detenernos á visitar monumentos artísticos de que está llena Italia, pues ahora vamos buscando estaciones de verano donde refrescar el espíritu, saltaremos de un brinco á una de las más famosas del mundo, inmortalizada por los poetas latinos, que cantaron sus bellezas en versos que no morirán nunca.

¿Quién no ha oído hablar alguna vez en su vida de la incomparable ciudad de Tívoli, situada á 30 kilómetros N. E. de Roma, sobre el Teveron, visitada desde los tiempos más remotos por innumerables viajeros? ¿Quién no ha oído describir las graciosas cascadas de Tívoli, que han ocupado el pincel de los más famosos paisajistas? Hémos aquí á su presencia, contemplándolos desde las ruinas del antiguo templo de Vesta.

Tívoli debe su origen á una colonia griega, que, cuatrocientos sesenta y dos años ántes de la fundación de Roma, se estableció en este lugar. Llamábase el jefe de la colonia Tibur, y por corrupción se derivó de él el nombre de Tívoli. Gracias á su posición pintoresca, á la pureza y frescura de su aires, al encanto de sus cascadas y á su proximidad á Roma, los famosos patricios de la capital del mundo trasformaron á Tívoli en uno de sus principales puntos de recreo.

El célebre Mecénas levantó allí un gran palacio, en el cual pasaban largas temporadas los conocidos poetas del siglo de Augusto. Este mismo emperador trasladaba el trono imperial, en los meses de verano, á Tívoli, donde se complacía en tratar con la numerosa colonia de literatos y poetas. Forma las cascadas el río Anio, el cual se abre en varios brazos que se precipitan desde una altura de doscientos cincuenta pies, formando diversos saltos de agua, á cual más bellos y pintorescos, viniendo á reunirse todos en la gruta de Neptuno, que es un lugar imponente y sombrío, donde mugen las aguas que se estrellan entre las rocas.

Hoy Tívoli no puede ofrecer al viajero los atractivos que tenía en la época de Augusto; sus palacios, sus baños y sus templos están en ruinas; su población no llega á siete mil habitantes; hasta sus campos han perdido parte de su antigua fertilidad; pero, sin embargo, la naturaleza conserva sus bellos panoramas, sobre los cuales esparce un tinte de melancolía el recuerdo de sus pasadas grandezas y la soledad de sus ruinas. Los poetas que disfrutaron de las delicias de Tívoli, presentían la caída de aquellos monumentos y el paso de la vida, que como aquellas cascadas se precipita en el seno de la eternidad. Chateaubriand consigna en sus cartas de Tívoli algunos de estos pensamientos: *Carpe diem*, decía Horacio; *Te expectem suprema mihi cum venerit hora*, exclamaba Tibulo; Virgilio describía la hora postrera: *Invalidasque tendens, heu! non tua palmas*. Hoy ya no se escuchan en Tívoli estos armoniosos acentos: las liras de los poetas clásicos han enmudecido; pero sobre la casa de Horacio se alza el convento de S. Antonio; con las columnas del palacio de Mecénas y con los soberbios restos de la villa Adriana, se han levantado varias iglesias: la civilización pagana pasó con sus placeres sensuales y sus soberbias pompas para dar lugar á una civilización más sencilla y más humilde, que sobrevivirá al curso de aquellas cascadas y al polvo de tantas ruinas. En los meses de Julio y Agosto, en que es tan enfermo el aire de Roma por las emanaciones del Tíber, muchas familias acuden á Tívoli, que en la estación presente parece revivir con la magia de sus recuerdos. Hace pocos meses que se ha abierto un tranvía desde Roma á Tívoli, que en pocas horas y con gran economía conduce viajeros á esta pintoresca estación de verano, donde la industria moderna va levantando casas y hoteles que reemplacen á los antiguos palacios.

Sin entrar en Roma, por temor á la malaria, abandonaremos las delicias de Tívoli, tomando desde luego el camino de nuestra patria.

MARCO POLO.

LA PARENTELA DE LA SERPIENTE.

LETRILLA.

Siempre que miraba Gil
Un cuadro que figuraba
La Concepción, más miraba
Que á la Virgen al reptil
Que Ella á sus pies aplastaba.

Y llegó á decir un día,
Delante de mucha gente,
Que á estar en su mano, haría
Borrar del cuadro á María
Y restaurar la serpiente.

Oyendo blasfemia tal
Algunos se santiguaron;
Mas, por regla general,
Los circunstantes, la sal
De aquel dicho celebraron.

Y fué natural secuela;
Pues aquel reptil inmundó
Que en nuestro mal se desvela,
Tiene mucha parentela
Repartida por el mundo.

Tanto hay de eso..... ¡tanto, tanto!.....
¿Te ríes? Pues tu risilla
Te ha de costar desencanto.
¿Ejemplos quieres? Al canto
Te los dará una letrilla.

Aquel hinchado varón,
Incensario de sí propio,
Que más que de ciencia, acopio
Va haciendo de presunción;
Que al dar con un pobrecillo
Escupe por el colmillo;
Que ni aun en sueños jamás
Conoce el mérito ajeno;
Que en más estima por bueno
Aquel que le adula más,
Y á aquel da mejor la mano
Que con más descaro miente,
¿No es hermano..... y muy hermano
De la serpiente?

Y esa émula de Gil Blas
Que, sin mirar en pelillos,
Para forrar sus bolsillos
Desforra el de los demás;
Y mientras el pueblo contento
Cobra su tanto por ciento,
Atesora y atesora.....
Hasta que con ciento y tanto
Carga, y como por encanto
A lo mejor se evapora;
Esa Doña..... Baldomera
(Por más que diga la gente),
¿No es una hija verdadera
De la serpiente?

Y el amigo del sablazo,
Que como otra ley no entiende,
Al que piensa que le ofende
Derriba de un puñetazo;
Que por un gesto se bate
Con cualquiera botarate;
Que no cede á un carretero
El premio del mal hablar,
Espumoso como el mar,
Como el mar amargo y fiero.....
Aunque alguna vez sujeto
Llegue á parecer prudente,
¿Qué menos será que nieto
De la serpiente?

Y el caudillo que, olvidando
Que de hombres es la prudencia,
Porque obtuvo preferencia
(Sabe Dios en dónde y cuándo)
Otro caudillo su igual,
Como pueda hacerle un mal,
Aprovecha la ocasión
Desbaratando sus planes,
Aunque hunda con sus afanes
El poder de una nación;
Con proceder tan raquítico,
¿No se acredita imprudente
De ser un hijo político
De la serpiente?

Y el viejo apergaminado
Que á la postre de sus días,
Con Tenorios y Mejías
Se las apuesta al contado;
Viva encarnación del vicio,
Constante siempre en su oficio,
Y aunque ya parece el gallo
Del cuento, más que Don Juan,
¡Diciendo mal del Sultán
Porque ha quitado el serrallo!.....
¿No es del reptil de que hablaba

Primo carnal? Justamente
Tiene el pobre..... hasta la baba
De la serpiente.

Pues y esa torre vestida
De carne y figura humana,
Que sólo piensa en mañana
Por pensar en la comida;
Y si algún plato le es grato
Come de aquel solo plato
Por más retocilación,
Y aun la primogenitura,
Cual refiere la Escritura,
Pero por mejor ración,
Daría de grado y presto.....
¿No es sobrino, claramente,
Carnal también, por supuesto,
De la serpiente?

Y ese que á los pobrecillos
Limosna no puede dar,
Porque habría de sacar
Las manos de los bolsillos.
Zángano que en la colmena
No sabe hacer cosa buena;
Que pocas veces va á Misa
Porque la iglesia está lejos;
Y cuando va, siempre hay viejos
Que estorban el ir de prisa;
Del frío «quiero y no quiero»
Cumplido ejemplo viviente,
¿Qué es si no un primo..... tercero
De la serpiente?

Pues de soberbios hinchados,
De avarientos codiciosos,
De indómitos lujuriosos,
De golosos desfrenados,
De envidiosos, de iracundos,
De perezosos, dos mundos
Llenos están; y aunque duela
Tal confesión, esa gente
Toda, en suma, es parentela
De la serpiente.
EL MARQUÉS DE VILLEL.

LOS GRABADOS.

M. R. P. MAESTRO FR. JUAN BELLUOMINI, GENERAL
DE LA ÓRDEN DE ERMITAÑOS DE SAN AGUSTIN.

En la serie de los Generales de Órdenes religiosos cuyos retratos y biografías nos hemos propuesto publicar, toca hoy el turno al de la insigne Órden de San Agustín, representada dignamente por el ilustre religioso cuyo nombre encabeza estas líneas.

El P. Belluomini nació en Santa Margarita, población cerca de Lucca, en Toscana, el día 28 de Febrero de 1814. Su familia, bien acomodada y eminentemente religiosa, pudo dedicarle al estudio, y habiendo terminado los cursos de Filosofía en el Liceo público de Lucca, se encontró en disposición de emprender una brillante carrera literaria. Tenía á la sazón diez y nueve años, y su talento, su aplicación y su mucho saber le presentaban como una gran esperanza para las ciencias y para las letras.

Y lo fué, en efecto, porque inclinado á la vida del claustro, la más á propósito para los trabajos del espíritu, tomó el hábito de San Agustín á fines del año 1833, en el convento de San Pedro, en Terni, en la Umbria. Hecha la profesión solemne, fué enviado al colegio del convento de Viterbo, donde se distinguió extraordinariamente en el estudio de la Teología. De allí pasó á Roma al convento de San Agustín, en 1837, donde cuatro años más tarde obtuvo el grado de rector. En 1842, terminados sus estudios, fué destinado á enseñar la lengua griega á los alumnos agustinianos del convento de Recarati, en la Marca de Ancona. El fruto de su enseñanza en este año de profesorado demostró á sus superiores que el P. Belluomini estaba llamado á más altas enseñanzas. Durante el curso de 1863 enseñó Filosofía en el Seminario de Gesi, y más tarde volvió á Recarati á ejercer el cargo de rector, después de haber obtenido, previos brillantes ejercicios, el grado de la regencia. Tanta laboriosidad, tantos y tan abundantes frutos

en la enseñanza eran nuevos estímulos para el joven agustiniano, el cual, después de cinco años de rectoría, obtuvo la alta categoría de Maestro de la Orden. No por esto dejó la enseñanza; antes por el contrario, la prosiguió con nuevo entusiasmo, mereciendo siempre el aprecio de sus discípulos y el aprecio de sus superiores por el acierto con que la ejercía. Fue profesor de Teología en Lucca, y después en Florencia, en el convento del Espíritu Santo, del cual fue bastantes años rector. Durante este tiempo el arzobispo de la ciudad le confió varios cargos de confianza, distinguiéndole además por su saber y sus virtudes.

En 1859 el Capítulo general le nombró Procurador General de la Orden, y para su desempeño hubo de trasladarse al Colegio teológico de Roma, campo adecuado á la actividad y elevación de su entendimiento. Seis años ejerció este cargo, pues en 1865 fue nombrado General de la Orden, y como tal aprobado por Su Santidad Pío IX, que le profesaba particular estimación y aprecio. Por su título tomó parte en el Concilio Vaticano, en el cual ocupó una silla.

En lo que toca á la persona del R. P. Belluomini, bastará decir que el nombre corresponde perfectamente con el carácter y sentimientos de quien lo lleva. Es una bella persona, así por su aspecto paternal, á un tiempo afable y severo, como por la dulzura y amabilidad de su cariñoso trato.

VIAJE DE RECREO.—ESTACIONES DE VERANO.—*Vista de Antives desde el interior del puerto.*—Pág. 76.
(Véase el artículo correspondiente).

VIAJE DE RECREO.—ESTACIONES DE VERANO.—*Las cascadas de Tivoli desde las ruinas del templo de Vesta.*—Pág. 77.
(Véase el artículo correspondiente).

MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL DE LIA CRESSEDAEN.

(Continuación).

«Magdalena á Valentina».

El señor de Vieilfort va á hacer un viaje largo. Me ha rogado que no le olvide. ¡Oh, seguramente no lo olvidaré! Él es el único que se ha acercado á la pobre huérfana que todos desprecian. Su presencia ilumina mi horizonte; y cuando lo veo aparecer, ya no soy desgraciada; tan grave siempre, y, sin embargo, tan sincero cuando presenta sus respetos á la castellana de Valvert, y ofrece á la hermosa Ana un ramo de rosas. Todas las flores de la tierra no valen para mí una sola de sus palabras; me hace creer en esta fraternidad de las almas, de la que hablaba la Madre Ambrosia, y que será tan encantadora en el cielo. Distraído como todos los sabios, no ve más que la superficie de mi situación; no es el último en elevar hasta las nubes á la incomparable señora de Bord. Si él y los otros tuvieran razón, Valentina; si mi madrastra tuviese verdaderamente el mérito que se dice, ¿se-

ría tan cruel con una desgraciada niña entregada á su discreción? Pero no quiero desengañar al señor de Vieilfort; me lo prohíbe la caridad. Él me trata á mí francamente, como también á la señora de Bord y á su hija, y estoy segura que si lo necesitase, no me faltaría su abnegación. Por eso estoy tristísima con su ida.

¡Cómo deseo saber de tí, querida Valentina! ¡Si escribieses á Teresa! ¡Oh! ¡pronto, pronto; tus consejos, tus caricias me hacen falta.

«Valentina á Magdalena».

Querida Valentina: Te tengo lástima y te quiero, y sobre todo, rezo por tí. «Las penas de este mundo no son nada en comparación de la gloria futura;» pero ¡qué pesadísima es tu cruz, hermana mía! Mi madre te afirma su cariño. No digas que estás sola, que no tienes amigos; mi familia quiere ser la tuya, y si alguna vez se necesita probarlo eficazmente, cuenta con nosotros. Dios ha unido nuestras almas en un lugar en el que no se olvida nada.

Es una desgracia para nosotras que haya recibido mis cartas tu madrastra: te contaba nuestra llegada, nuestra instalación en San Sebastian, mi alegría al volver á ver á mi padre. Su salud se mejora. No volveremos á Francia sino para verte, querida Magdalena.

No recuerdo haber aludido á la señora de Bord en estas famosas cartas. Mi madre cree que el haberte hablado con tanta seguridad de reunirnos dentro de tres años habrá excitado su desconfianza.

Mi hermano se ha recibido de abogado; están satisfechas todas sus ambiciones, y mi padre está muy satisfecho de su éxito. Todos idolatramos á este hermano querido, que se deja mimar. No sabía que Alberico tenía un objeto; que esta fiebre de estudio escondía un poderoso móvil: el obtener la mano de la señorita de Newal. Un sabio no acepta por yerno sino á otro sabio, según parece; pero Alberico ha hecho sus pruebas. Mi futura cuñada no es bonita; pero no conozco nada que tenga más atractivo que su sonrisa. Ya somos íntimas; no te enfades: ya sabe que Magdalena ocupa el primer lugar. Te hablaré largo muy pronto. No tiene más que diez y seis años; es muy mona; si la vieras, la tomarías muy pronto cariño. Reza por mi intención, hermana mía; ¡es tan grave comprometer la vida para siempre!

¿Sabes que la epidemia cesó hace mucho tiempo, y que nuestras amigas vuelven á la colmena, llevando nuevas abejas?... Águeda me escribe á menudo, y por ella sé todos los detalles de esta hermosa vida que no he podido dejar sin lágrimas, á pesar de la seguridad de los gozos que me agudaban.

Te hablo de nosotros, querida mía, porque quisiera desviar tu imaginación de tus penas, al menos por un momento. Alberico te ofrece sus respetuosos recuerdos. No sé si conocerías al travieso estudiante que hablaba con tanta alegría en la reja cuando éramos niñas. Ahora es un hombre de veintidos años, con mucha barba, muy meditabundo, muy ducho en el arte de hacerse querer de su hermana.

No te separes de tu piadosa resignación; Dios abrirá

los ojos á la señora de Bord, y recogerás el fruto de tu paciencia. Querida Magdalena: no creas que no participo de tus penas; quisiera poder descargarte de ellas, y puedes decir, que en la tierra española hay toda una familia que te abre sus brazos. ¿Cuándo vendrás?

Tal vez pronto; tal vez nunca.

Nuestras madres del convento practicaban la santa indiferencia en todas las cosas; el abandono de la voluntad, que únicamente debe dirigirse por el amor; te deseo esta virtud sublime.

¿Recibirás esta carta? No me atrevo á escribirte más largo por ser una prueba; no es menester caer en el aborrecimiento de tu madrastra; sé prudente, querida mía. Tengo la aprobación de mi madre. ¡Cómo te queremos las dos! Magdalena amada, rezo con tanto ardor, que obtendré tu venida á esta tierra extranjera.

¡Adios!

«Magdalena á Valentina».

Sí; he recibido esa respuesta encantadora á mis quejas, á mis tristes confidencias; pero he tenido que esperar un mes para darte las gracias. La he leído y releído muchos días, y te enviaba *in petto* las gracias más sinceras. Pido á Dios por tu hermano, por todos los tuyos. ¡Dios te bendiga, consuelo de la huérfana! ¡Oh! ¡qué esperanza haces brillar á mis ojos! ¡Qué gran dicha la de no estar en Valvert! En el convento, soñaba con esta casa querida, que creí fuese de mi propiedad.

El señor de Vieilfort no volverá hasta dentro de dos años. Te vas á burlar de mí tal vez; pero estoy muy triste, pensando que no lo veré en ese gran salón, en el cual únicamente él no me era enojoso. Escucha además.

La mañana de su partida, lo he encontrado al salir de la iglesia; creo que me esperaba.

Me ha hablado de mi madre; de la amistad que tenía á la suya también prematuramente muerta; me ha dicho que el sueño de esas dos madres era ver que sus hijos se quisiesen como ellas se querían.... Hablaba muy bajo, con emoción; yo me parecía soñar: en fin, me dijo:

«¿Consentirá V. un día, querida Magdalena, en que la trate del modo que me era tan familiar? ¿consentirá V. en darme su mano para atravesar juntos los buenos y los malos días de la vida?... ¿No responde V.? Es V. muy joven para decidir de su porvenir; pero su recuerdo de V., que me ha sido siempre tan querido, no se apartará de mí en mis lejanas peregrinaciones, y creo que el deseo de su madre le parecerá sagrado. Cuando vuelva, podré dirigir á V. mi petición, ¿no es así?

(Se continuará).

Solución al jeroglífico del número anterior:

Todas las madres que al fin se van sin hijos quedando, irán un río formando más caudaloso que el Rhin.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina, Plaza del Bombo, núm. 4.

SECCION DE ANUNCIOS.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelación de San Juan*, consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, 14; Pons y Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

AÑO 1881.

CALENDARIO PIADOSO.

(XVIII DE SU PUBLICACION).

Los señores autores, editores ó libreros de publicaciones católicas que hayan salido á luz desde Octubre del año pasado y deseen verlas incluidas en la *Revista bibliográfica* del CALENDARIO del año próximo, que se halla en prensa, pueden enviar un ejemplar de las mismas al editor, D. Antonio Perez Dubrull, calle de la Flor Baja, núm. 22, imprenta, en Madrid, antes de que concluya el presente mes de Setiembre. — También se reciben anuncios para la sección correspondiente, al precio de 120 rs. la página.